

## CAPÍTULO VI.

DE LO QUE SUCEDIÓ EN FREGENAL DEL PALO, Y COMO LLEGARON  
LOS CONVIDADOS A PEDRORUBIO.

Iba acercándose el día señalado para las famosas honras, pues ya no faltaban más que tres días, y habiéndose despedido Fray Gerundio cortesantemente de todo el lugar, hasta de aquella tia, que no le habia visitado por el cuento de la gallina, la cual quedó tan pagada de esta accion, que desde aquel punto hizo las paces con la buena de la señora Catanla, regalando á su madre, y á su hermana, con cada dos escapularios bordados de realce de plata falsa y canutillo; añadiendo á cada una su santico de barro en urna de carton guarnecida de seda floja, repartiendo una peseta entre las dos criadas; bien proveida la alforja, y aumentada la maleta, con un par de mudas de ropa blanca. Partió para Pedrorubio en compañía de su padre el bonísimo Anton Zotes, que quiso ver (así lo decia él) si su hijo tenia tan buena mano derecha para predicar de los difuntos, como para predicar del Sacramento. Su padrino el Licenciado Quijano, tambien habia hecho ánimo de hacer la jornada, con cuyo motivo habia llamado á un primo suyo, capellan de Gondorcillo, que acababa de venir de Leon,

y habia traído licencia de confesar por seis meses, para que en su ausencia dijese la misa al pueblo, y cuidase de la administracion de Sacramentos; pero es tradicion, que cuando ya estaba aparejada la burra, se le desenfrenaron tan furiosamente las almorranas (de que adolecia) que no le fué posible montar á caballo; y así se contentó con darle un abrazo, y meterle disimuladamente en la mano dos pesos gordos.

Eran las cinco de la tarde, cuando en buena paz y compañía salieron de Campazas, padre é hijo, con resolucion de dormir aquella noche en casa de su padrino el Familiar, cuyo lugar no distaba más que de tres leguas cortas, y estaba como á la mitad del camino. Aquí se encuentra un vacío lastimoso en la Historia, que después de haber burlado nuestras más exactas y exquisitas indagaciones, necesariamente ha de ser sensible á la curiosidad de nuestros lectores; pues no siendo posible sino que la conversacion que tuvieron por el camino hijo y padre, fuese tan graciosa, como entretenida, no se halla el más leve vestigio en archivos, bibliotecas, armarios, legajos ni apuntamientos. Bien pudiéramos nosotros figurar aquella que nos pareciese más natural, atendido el génio, el carácter y las demás circunstancias de nuestros dos caminantes, á imitacion de aquellos historiadores, que no hacen escrúpulo de referir lo verosímil, por cierto, sin detenerse en contar lo que pudo ser por lo que fué.

Ni se nos pudiera culpar con razon de que nosotros saliésemos con nuestras conjeturas en un siglo en que todo el mundo sale con las suyas. Habiéndose hecho este título tan de moda, especialmente en los libros,

papeles y discursos que sacan á luz los anticuarios, cronologistas é investigadores y físicos experimentales, que apenas aciertan en otras, no es nuestro ánimo condenar esta costumbre, y más en aquellos pocos en quien se conoce es verdadera modestia, la que en otros muchos se conjetura ser pura ostentacion; pues nos hacemos cargo de que hay materias, que no admiten evidencias ni otras pruebas que meramente conjeturales. Pero nuestra sinceridad, singularmente en una Historia tan verídica, tan fundamental y tan exacta como la que traemos entre manos, no se acomoda con ese uso, y mas cuando siendo tantos, tan averiguados y tan instructivos los materiales verdaderos que tenemos á la mano, es ocioso buscar los ideales.

En fin, llegaron á Fregenal del Campo nuestros dos caminantes, pueblo no tan grande como Sevilla, ni tan poblado como Cádiz, donde hacia su residencia el Familiar, de quien fueron recibidos con agasajo, y con un corazon verdaderamente sano; porque ageno en todo de la afectacion, era tan franco en descubrir las inclinaciones de su voluntad, como naturalote en no disimular los dictámenes de su buen entendimiento. Mientras se disponia la cena, que no fué delicada ni ostentosa, pero sí maciza y abundante, dijo el Familiar á su sobrino con cariñosa llaneza: *Oyes, Florico, ¿llevas enjurjadas para Pedrorubio tantas garambainas como echaste por esa boca en Campazas?* Tio, ¿qué me quiere V. decir por *garambainas*? *Valesme Dios, hombre,* continuó el Familiar, *pues yo bien craro me esprico; garambainas son aquellas garatujas entravesuradas, rezumbrones y azufaijas con*

*que nos encarabinaste á todos los que estabamos oyendo como unos monigotes.* Méno le entiendo á V. ahora que ántes, replicó Fray Gerundio. *Pues entiéndanos Dios que nos crió,* dijo el Familiar, *y perdónenos nuestros pecados. Paréceme que te haces remolón á propósito, porque en lo demás es imposible de Dios que no me entiendas; pues tanto como el don de caridad me le ha dado Dios, bendita sea su similitud. Tirásme los términos, y ya conozco yo, que no son tan retumbantes ni tan pulidos como los que se usan en las Zuidades; pero decirme á mí, que no son inteligibles, no habremos de eso, que es quebrarse la cabeza, y también las calas, tú, como el hijo de mi madre.*

Si V. llama *garambainas*, dijo Fray Gerundio, la erudicion, los pensamientos sutiles, los equívocos, las agudezas, los chistes y el estilo elevado y armonioso, hay bastante recado de eso en el sermón que llevo prevenido; y como Dios no me quite el juicio no faltará en todos los que predicaré. *Pues vé, si yo fuera que tú,* replicó el Familiar, *habia de pedir á Dios que me quitara luego el juicio, para no perder jamás ansina; pero no tienes que pedir á su Majestad que te lo quite, sino que te le vuelva.* Vos, tio, replicó Fray Gerundio, no teneis obligacion de entender estas materias. *Pero los predicadores,* replicó el Familiar, *están obligados en conciencia á predicar de manera que todos los entendamos.* Basta, replicó Fray Gerundio, que nos entiendan los cultos y los discretos. *¿Pues, qué basta solamente que los entiendan los encultos y los secretos?* respondió el Familiar: *Dime, sobrino, ¿parécete á tí, que en Pedrorubio habrá muchos hombres encultos como tú llamas?* Nunca faltan

algunos, dijo Fray Gerundio, por infeliz que sea una aldea, ya sea de ella misma, ya sea de los convidados forasteros, ó ya de los que concurren casualmente; por eso han llevado grandes chascos algunos predicadores, que fiándose en que iban á predicar á lugares pequeños, se contentaban con cualquiera cosa, y se hallaban después con oyentes que no esperaban; y aún oí decir á un padre grave de mi sagrada religion, que todo predicador se debia prevenir para predicar en Caramanchel, ni más ni ménos que si hubiera de predicar en Madrid. *No m'arma su doctrina*, replicó el Familiar, *salvante que quisiese decir ese esentrisimo padre, que tanto ahinco debe poner un perdicador en convencer á los de Caramanchel, como á los de Madrid; y que ansina debe espricarse en conformidad que lo entiendan los otros; porque fuera deso, irse un perdicador á Caramanchel, y lo mismo me da á la cisterniga (que esta es una comparanza), con daca acá si eran frores ó no eran frores, en virtù de que puedan concurrir algunas personas de la Zuidad; eso no es más que humo y satisfacion y la oste de Cristo.*

*Pero dejando una cosa por otra, ¿no sabríamos qué virtudes del escribano vas á perdicar?* No he menester sus virtudes para predicar, respondió Fray Gerundio. *¿Cómo no?* dijo el Familiar; *pues cuando se perdica de los defuntos, no es indispensable que se diga aquello en que fueron guenos, para que emiten sus ejemplos los viros?* No, señor, respondió Fray Gerundio, nada de eso es necesario, que si lo fuera, solo se predicarian honras de aquellos sujetos que hubiesen sido muy virtuosos, habidos y tenidos por tales

de todos los que los trataron; y así vemos que en algunas partes se predicán de todos los que tienen con qué pagarlo á roso velloso, sin que para eso sea preciso hacerles primero informacion *de vita et moribus*, como dicen. *Es impusible que yo nó tenga el entendimiento espachurrado, ó que tú no me quieras meter los dedos por los ojos*, replicó el Familiar; *pues dime, sobrino, ¿el perdicador no ha de alabar á su defunto? Craro es que sí: ¿si le alaba, no le ha de alabar en alguna virtù? ¿Pues qué ha de decir de él el probe flaire?*

Lo primero, respondió Fray Gerundio, se puede predicar un sermón de honras que pase, sin tomar en boca al difunto por quien se hace la función; y para que vos lo veais claramente, yo os explicaré el como. Éntrase ponderando ante todas cosas, que antigua fué la costumbre de hacer honras, y funerales por los difuntos. Aquí se vá discurriendo por los hebreos, por los griegos, por los romanos, por los egipcios, por los babilonios, por los caldeos, y en fin por todas las naciones del mundo: después se examinan más por menor los varios modos que tuvieron de celebrarlas, segun los genios, usos y costumbres de los países, ya con sacrificios, ya con oraciones, ya con pirámides, ya con hogueras, ya con obeliscos, y en algunas partes hasta con danzas y fiestas. A esto se sigue el averiguar cuando, en qué tiempo, con qué motivo, y en qué nacion se dió principio á las oraciones ó panegíricos fúnebres por los difuntos; y se explican las velas de la elocuencia sobre los epicedios, sobre los epitáfios, sobre las endechas, sobre los cenotáfios, y sobre las menias,

extendiéndose tambien la erudicion si se quiere á las tablillas ó á las inscripciones que se guardaban sobre los sarcófagos. Bien repiqueteaó todo esto, se busca después en alguno de los muchos calendarios que hay antiguos, qué fiesta, funcion ó sacrificio ó cosa semejante celebran en el dia que está determinado para predicar las honras, y siempre se encontrará alguna cosa que por aquí y por allí, de esta ó de otra manera, venga clavada al intento; aplicándose finalmente todas estas importantísimas noticias al asunto de la funcion con la mayor propiedad, las hogueras á las luces, hachas y blandones, las pirámides y los obeliscos al túmulo, los sacrificios á las misas, las ofrendas á las que comunmente se hacen los convidados, que los hay casi en todas partes, los epicedios y las menias al sermón ú oracion fúnebre; y demostrando de esta manera el predicador, que la piedad de los presentes no debe nada á la de los pasados, y que las honras que hacen los modernos á los difuntos, son parecidas á las que se hacian á los mismos difuntos por los antiguos. Étele V., como sin tomar en boca al sujeto por quien se hacen las honras, puede acabar honradamente con su *requiescat in pace*, que sea seguido de muchos vítores y aclamaciones.

Mira, dijo el Familiar, yo no te puedo negar que eres un pozo de ciencia, y que ahí has enjurjado tantas cosas, que me tienes aturrullados estos cascos; porque ya se vé, saber tú, como parece que sabes, en la uña todo cuanto hicieron los enjundios, los gubilonios, los miedos, los presas y esos otros que nombraste ahí á manera de caldos; habétese quedado en la mimoria

todos esos nombres enrevesados de embolismo, parralles, cienpedio, niñerías, cienotafios y el último vocablo en que dijiste no sé qué de la Escritura de los estrófagos, digo en mi ánima jurada, que saber tú todos estos argamandijos, en los pocos años que tienes, esto sin ciencia confusa, no puede ser, y loado sed el Señor de quien es todo lo gueno; pero tambien te digo una cosa, que tambien viene todo esto para perdicar un sermón de honras, como ahora llueven tocinos, y sino vaya un asemejamiento.

Yo soy ogaño alcalde de Fregenal; junto mañana concejo para saber si se han de guardar ó no los pluos. Escomienzo por decir, que esto de concejos es cosa muy añeja; porque los gabilonios, los presas, los calderos y los mamalucas los usaban allí desde el tiempo que hablaban los animales. Paso después á desprayarme sobre las diversas usanzas que habia para esto de juntarse el concejo, y digo por ejemplo: que en unas partes andaba el ministro de Justicia de puerta en puerta, tocando con el cencerro, que en otras era incumbencia del porquerizo, ir sonando por las calles el mismo cuerno con que juntaba los cerdos: qu'allá tocaba al munitor pregonar el concejo por las calles; qu'acá se enseñaba á rebuznar un burro desde niño con tales y tales señas, y que este burro estando ya bien industriado, y en teniendo, como dicen, uso de razon, se le entregaban al fiel de fechos, con la carga y obligacion de que los dias de concejo habia de ir rebuznando por todo el puebro, para que viniese á noticia de todos los vecinos, y ninguno pudiese alegar incusa ni ignorancia. De aquí me meto á espricar la importancia de los concejos, la grande honra qu'han

tenido siempre, no solo en toda Europa, sino tambien en toda España. Digo por fin y postre, que todos los concejos, si se ofrece hacer informacion de nobleza y hidalguía, han de venir á probar su alcurnia de los concejos; y así como estos son sobre las Udencias y Chancillerías, pues vemos que de las sentencias de estas se apela á aquellos, ansina tambien si estuviera el mundo como debia de estar, se habia de ellos á la indecision de los concejos. Y concruyo con preguntar, ¿si en vertu de todo esto se han de guardar ó no los plaos? Dime, Gerundio, así Dios te haga bien, ¿vendria todo esto al caso para la enresolucion de aquel punto?

Buenas cosas tiene V. respondió Fray Gerundio; ¿con qué ahora quiere hacer comparacion de lo que un alcalde propone en el concejo, con lo que un predicador ha de hacer en el púlpito? Tio, en los concejos se va á la Justicia. ¿Pues qué en los púlpitos se va no más que á entretener el tiempo? Como Fray Gerundio se vió un poco apretado, procuró sacar el caballo por otro lado, para divertir el argumento. Tambien, dijo, se puede alabar á un difunto, aunque no haya hecho milagros ni tenido revelaciones ni su vida hubiese sido la más ejemplar y ajustada. ¿Cuántas oraciones fúnebres se habrán predicado en la Iglesia de Dios á grandes capitanes, á grandes conquistadores, á grandes políticos, y á muchos hombres verdaderamente sabios, de cuya canonizacion no se ha tratado ni verosímilmente se tratará jamás de ella? Con todo eso, á estos se les alaba del valor, de la intrepidez, de la presencia de ánimo, de la prudencia militar, del celo de la gloria

de sus príncipes, y en fin por otras virtudes que no se encierran ni en las Cardinales ni en las Teologales, y que no hacen al caso para la vida cristiana; pues sabemos que muchos herejes, gentiles y moros florecieron en ellas. ¿Pues por qué no pudiera yo tambien alabar á mi escribano, si quisiera, de la sagacidad, de la astucia, del ingenio, de la penetracion, y hasta de la velocidad con que escribia de buena letra, de sus airosos rasgos, y de la rúbrica que usaba por una parte tan garabatososa, y por otra tan difícil, que parecia imposible ni Falsearse ni remedarse?

«Yo soy un pobre lego, respondió el Familiar, que  
«solamente sé leer deletreado, y echar mi firma con  
«letra de palotes, estrujando bien la pluma, y no  
«me puedo meter en si es bien permitido ó lo es bien  
«permitido, que en la Iglesia de Dios se alaben pú-  
«bricamente, y se propongan por ejemplo de emita-  
«cion al pueblo cristiano estas virtudes que tú dices,  
«y con las cuales puede un cristiano irse al infierno  
«tan lindamente. Este es un punto muy hondo, que  
«no es para mi cabeza; y cuando tú dices que así se  
«usa (que yo no lo he visto por no haberme topado  
«jamás en estas perdicaciones) debe de haber razo-  
«nes muy importantes para permitir que se haga an-  
«sina. Lo que yo digo es, que por lo ménos acá en  
«las aldeas, donde no se pueden praticar estas ver-  
«tudes campanudas, y donde la gente es sencilla, si  
«yo fuera obispo, de ninguno se me habia de predi-  
«car sermon de honras, que no hubiese sido un cris-  
«tiano muy virtuoso y ejemplar, al modo qu'acá  
«nos imaginamos las personas vertuosas y enjempra-

« res. Porque decir tú del escribano, que fué sagaz,  
 « estuto, ingenioso, que luego se imponía en los au-  
 « tos, que calaba las intenciones de las personas, que  
 « escribía corridamente, que hacía una letra estu-  
 « penda, que su rúbrica se podía presentar al mismo  
 « rey, todo eso bueno será; ¿pero qué sacamos de  
 « ahí para las benditas ánimas del purgatorio? »

A tal tiempo entraron á poner la mesa, de qué no se alegró poco nuestro Fray Gerundio, porque su tío le iba apretando demasiado. Anton Zotes se había quedado al principio á dar orden de que cuidasen de las caballerías, y después trabó conversacion con la mujer del Familiar, y con sus sobrinos y sobrinas, que entre todos eran seis, y el mayor no pasaba de doce años, repartiendo entre ellos, turrón, confites, avellanas y piñones, que había traído para este efecto, entreteniéndose con todos mientras se asó una pierna de carnero, se hizo una tortilla de torreznos, y se guisó una buena cazuela de estofado de vaca, que con unas sardinas escabechadas, y una tajada de queso de postre, comenzando con su gazpacho de huevos duros, componía entre todo una cena substancial; sacando después de levantados los manteles un plato de cebolletas con su salero al lado para echar la de San Vitoriano.

Entraron todos en la salita ó cuarto bajo, donde estaban tío y sobrino; sentáronse á la mesa, y cenaron con tanta paz y alegría, como ganas. Casi toda la conversacion de la cena se la llevaron el Familiar y Anton Zotes, siendo su asunto el regular entre labradores. Preguntóle aquel, ¿cómo le iba de cosecha, y en qué estado tenía su serano? Respondióle éste, que

de cebada había cogido poco por falta de aguas, y que sinó fuera por tres arenales que eran linde del arroyo, apenas tendría para el gasto y para sembrar; que de morcajano estaba mal, y que de trigo esperaba que no fuese mala cosecha; porque sobre tener ya diez cargas en la panera, quedaban doce en la era, tres peces, tres parous, y otros dos montones, y en todavía estaban en la tierra como doce morenas. *Pues por acá, amigo, no podemos echar piernas,* dijo el Familiar, *y algunos probes labradores se quedan, por istam santam untionem. Sobre caí hombre que no coge lo que sembró: Yo, bendita sea la similitud de Dios, no estoy tan despreciado, porque como la hoja que tocaba ogaño está hacia Vallauli, y aquella tierra es tan espinosa, hizo bodega con las aguas de la otoñada y las que cayeron después por los entrecejos, con que ha dado bonisimamente, y hasta unas ciento y cincuenta cargas; de todo pan ya espero cojer, con que me animaré á umbiar á Bartolo á Villagarcía, para que escomienze la gramática con aquellos benditos flaires de Dios, que llaman Teatinos.*

« Sí, dijo á este punto, hecha una rívorá la tia Cecilia Cebollon (que así se llamaba la mujer del Familiar) para que aquellos flairones te lo desuellen á azotes. Mejor, respondió con mucha sorna el Familiar socarrón, por eso nació el día de San Bartolomé, y fué mi gusto que le pusieran Bartolo, para que me lo desuellen; porque desengañate Cecilia, la letra con sangre entra. Pues dígame, respondió la Cebollana, que por más que hagas, no he de unviar mi hijo á Villagarcía. En eso harás bien, respondió el Familiar, y por lo mismo que no lo has de unviar tú, tendré

*cuidado de unviarle yo. Irá donde yo quiera, respondió la Cebollana, porque es tan hijo mio como tuyo. Y aún más si lo apuras, respondió el Familiar muy fresco; pues sin meternos ahora en más honduras, al fin tú lo pariste y yo no. Ea, Cecilia, tengamos buenos manteles, y dejémonos de quebraderos de cabeza: ya te he dicho, que tú cuidarás de las hembras, y yo de los varones. Tú darás á aquellas la enseñanza que te pareciere, y yo daré á estos la que me diere la gana.*

*También yo la tenía de que el mi Flarico (dijo á esta sazón Anton Zotes) estudiase en Villagarcía, donde yo la había estudiado; pero por tener paz con mi Catalina, l'unvié á Villaornate; y no me pesa, porque no ha salido por ahí ningún morondo. En todas partes, respondió el Familiar, hay guenos y malos; solamente que en unas partes son más los guenos que los malos; y en otras más los malos que los guenos. Lo que yo veo es, que los que estudian en los teatinos, no alborotan los pueblos ni apedrean los Santos, ni solivan los rosarios, ni se desvergüenzan con los flaires que estudian por otros libros: allá van en sus controversias, vocéan, verrean, y gritan hasta desgañarse: pero después, y acabado aquello punto en boca, cortesía hasta el suelo, y tan amigos como antes. Eso parece bien á Dios y á todo el mundo; lo contrario es mala crianza, y se conocen al vuelo los que estudian con unos y con otros.*

En estas conversaciones se pasó la cena; llegó la hora de recogerse, y se retiraron todos, quedándose despedidos desde la noche; porque los huéspedes madrugaron mucho para librarse del calor; lo hicieron saliendo de Fregenal á las tres de la mañana, y

llegando á Pedrorubio entre siete y ocho, antes que como se dice, comenzase á calentar la chicharra. No se puede ponderar el gusto y agasajo con que fueron recibidos del licenciado Flechilla; en cuya casa se apearon derechamente, según habían quedado de concierto al despedirse en Campazas. Era víspera del día en que se habían de celebrar las honras, y aquella tarde fueron concurriendo algunos parientes y amigos del difunto, no solo de los que vivían en los lugares circunvecinos, sino también tal cual que residía en población algo distante. Entre estos llegó un reverendísimo abad benedictino, primo del escribano Conejo, varón verdaderamente respetable, porque sobre ser monje muy ajustado, de porte sério y estatura heroica, de venerable presencia, de semblante majestuoso, y al mismo tiempo apacible, era sujeto á todas luces, sabio, no solo muy versado en todas las facultades serias, que son propias de su profesion, sino admirablemente instruido en todo género de bellas letras, de erudición amena y escogida, lo que junto á un trato humanísimo y urbano, hacia sumamente grata su conversacion, y constituía un sujeto cabal y redondeado.

Traía por sócio un predicador segundo de la casa, jóven como de treinta años, y monje de su especial cariño; porque aunque era de genio abierto, festivo y desembarazado, se contenía siempre dentro de los límites de la modestia religiosa, sin que los chistes ni las gracias de que abundaba, perdiesen jamás los términos de la decencia, ni se pasasen á ser chanzas pesadas ó pullas que pudiesen ofender ni levemente á los mismos con quienes se juntaba. Por

eso, y porque era mozo muy ponderoso, exactísimo en el cumplimiento de su obligacion, y en el desempeño de su oficio, rendido á quanto se le mandaba, y dócil á todas las advertencias que se le hacian, habia merecido la especial inclinacion y concepto del abad, que esperaba formar en él un monje á su modo y á su mano, capaz de honrar con el tiempo, no solo á la congregacion, sino tambien á toda la Orden benedictina.

Poco después que se apearon los monjes, entraron á visitarlos, como tambien al padre Fray Gerundio, el cura de Pedrorubio, que era arcipreste de aquel partido, comisario del Santo Oficio, y hombre de singular fábrica en el cuerpo, y no de ménos singular estructura en las potencias del alma. Estatura algo menor que mediana, cabeza abultada, y un si es no es oblonga, con canas rucias y tordas, corona episcopal, pestorejo colorado, y con pliegues, ojos acardenalados, y en la circunferencia unas ojeras y sulcos, que habian hecho los anteojos perdurables, que solo se los quitaba para leer ó escribir, ó cuando estaba solo; pero en visitas, paseos, funciones públicas, al instante los montaba. Era lleno de semblante, aunque se conocia no ser maciza la grosura, porque á veces fluctuaban los carrillos, subiendo y bajando como fuelles de órgano. Tampoco el color era constante: unos dias muy encendido, otros malignamente jaspeado con sus manchas verdi perdas, entre enjundia y apostema, la lengua muy gorda; el modo de hablar hueco gutural y autoritativo, resoplando con frecuencia por mayor gravedad. Sus letras eran tan gordas como la persona;

pero al fin habia revuelto algunos libros de moral, y tenia muy atestada la cabeza de noticias las más ridículas y más apócrifas que se encuentran en los libros; porque para él, una vez que estuviesen impresos, todos eran á un precio, y las vertia en las conversaciones de los páparos, así de corona, como legos, con una satisfaccion, con un *coram vobis*, y con unos resoplidos, que no dejaban la menor duda de su certidumbre y de su autoridad. Leia las Gacetas y Mercurios, cuando podia pillar algunos sin que le costase ningun maravedí, porque en materia de gastar era *strictioris et regidoris observantie*, y solia decir, no sin gracia, que para la relajacion, bastábale la potra (era muy quebrado). Hablaba mucho de la Lusacia, de la Pomerania, de la Carintia, de la Livonia, diciendo que estas provincias componian el Landgraviado y Westfalia; con que lo oian como unos parvulitos todos los curas de la redonda; y como por otra parte era infinitamente curioso en indagar todo quanto pasaba en las chimeneas y en los rincones, cuchicador y misterioso, le miraban todos con un gesto equívoco, entre respetoso y burla, entre respeto y temor.

Aún estaban en los primeros cumplimientos del comisario, cuando se entró á galope en la sala el predicador Fray Blas en traje de camino, y sin saludar á nadie se fué derechamente á dar un abrazo á su amigo Fray Gerundio, como si hubiera veinte años que no se hubieran visto; y es tradicion, que todavía se estaba componiendo los hábitos que traia enfaldados, que se dió recado de parte del concejo, y entraron los dos alcaldes, los dos regidores, el pro-



curador de la villa y el fiel de fechos, porque aún no se había provisto el oficio de escribano. Aquel día no debió de ocurrir suceso considerable; por lo ménos se ha frustrado en su indagacion nuestra solicitud y diligencia, sin que en las memorias que hemos podido recoger se halle más de lo sucedido en el día de las honras, cuya relacion pide capítulo aparte, y vamos á servir á nuestros lectores en el siguiente.

## CAPÍTULO VII.

LO MISMO QUE EL OTRO.

AMANECIÓ el día siguiente tantos de tal mes, corriendo dichosamente el año de 1700, y hablamos así por estar algo embrollada la cronología, y no es negocio de engañar á nadie, aunque nos pagaran á peso de oro cada noticia incierta. Reinaba en España su gloriosísimo Monarca; gobernaba la Iglesia de Dios el Sumo Pontífice, Vicario de Cristo; y era general de la Orden un varon grave, elegido canónicamente por el capítulo, cuando el reloj de sol de Pedrorubio señaló la hora de las diez de la mañana. Este reloj era la sombra que hacia un sobradillo que atravesaba la pared, sobre la misma puerta del matadero, único edificio del lugar, cuya fachada principal miraba derechamente á mediodía, desde el mismo punto de amanecer. Se había doblado toda la clave de las campanas; eran dos esquilones, y un cencerro que se debía tocar para las misas rezadas; y aunque los esquilones, en su primitiva fundacion, segun la tradicion de padres á hijos, habian sido de los afamados en toda la comarca, con el tiempo, que todo lo consume, uno habia perdido la lengüeta; y se suplía la falta de esta con una pesa de hierro de dos libras